

MARIANO G. MANRIQUE.

Nació en Bogotá el 26 de Julio de 1829.

En 1849 publicó una colección de poesías con el título de *Ecos de mi lira*; en 1858 un poema *Consolaciones*, y en Cartagena un idilio *Mi naufragio* que es la sentida historia de la desgracia que tanto amargó su vida: la muerte trágica de su esposa.

Publicó también en Nueva York su poema *Luisa* y dejó inédito un drama en verso titulado *Irene*.

Murió en esta capital el 18 de Enero de 1870.

LA VUELTA AL HOGAR.

AL SEÑOR ABIGAIL LOZANO, EN PRENDA DE CORDIAL AMISTAD.

I

Palpita, corazón! mueve y sacude
Tus fibras lastimadas y adormidas
A las voces queridas
De amor, madre y hogar!
Pájaro errante que á su nido torna,
Náufrago que recorre la ribera,
A quien la suerte fiera
Precipitó á la mar.

Palpita corazón! de gozo exhibe
El secreto tesoro que contienes,
De los preciosos bienes
De gratitud y amor.
Que todo lo que ves guarda un recuerdo,
Este río, este valle, esta montaña;
Aquí su dura saña
Mitigará el dolor.

Miro á lo lejos, como leve nube,
Subir en espiral parda humareda
Y escucho en la arboleda
La tórtola gemir:
Yo conozco cada uno de estos sitios;
Cada uno de ellos guarda alguna historia,
Que viva en mi memoria
Jamás puede morir.

Este cercado rústico que enlaza
La florida y flexible madre—selva,
Esa frondosa selva,
Aquel prado feraz;
Objetos son carísimos al pecho,
Son los objetos que adoré en mi infancia,
Que inquieta en la inconstancia
Se deslizó fugaz.

Después... después! le plugo á la fortuna
Lanzarme lejos del hogar amado,
Y al mundo fui arrojado
Tímido, incauto yo.
Hoja arrancada al nutritivo tronco
Y al capricho del viento abandonada,
La mano despiadada
Del hado la arrancó.

Así partí, mas no siguió mi huella
El maldito fantasma del olvido;
Todo en mi pecho herido,
Grabado lo llevé.
Pero costaba al pecho desolado
Cada recuerdo un lúgubre suspiro:
Todo lo que ora miro
Y que huella mi pié.

II

Mas hoy, amigo, nuevamente miro
El cielo rutilante de mi patria,
Vuelvo á escuchar la voz de sus torrentes
Y á respirar sus deliciosas auras.

Torno á extasiar mis incansables ojos
En los desiertos por do el indio vaga,
Y me embriaga otra vez el blando aroma
Que las flores indígenas exhalan.

Nuevamente contemplo silencioso
Nuestras verdes, altísimas montañas,
En cuyas cumbres el condor altivo,
De la América rey, cierne sus alas.

Puedo oír otra vez la voz tronante
Que lanza al despeñarse el Tequendama,
La voz que el Infinito nos revela,
Como el Poder que en hebras lo desata.

Puedo de nuevo refrescar mi frente
Bajo la sombra de las ceibas altas,
En cuya copa cantan pajarillos
Que se mecen volubles en las ramas.

Vuelvo á cruzar los apacibles ríos
En que el tórrido sol refleja llamas;
Donde tienden su red los pescadores
A la cual abandonan su esperanza.

Nuevamente deleitan mis oídos,
En la noche pacífica y callada,
Los ruidos mil que misteriosamente
Reproducen las selvas solitarias.

Tiendo la vista hacia el lejano Ocaso
Teñido de violeta y escarlata,
O la dirijo hacia el pintado Oriente
Saludando la luz de la mañana.

Y reconozco en uno y otro lado,
Y en los campos que huella con mi planta,
La luz primera que mis ojos vieron
Y de mi hogar el bello panorama.

¡ Cuántas bellezas en su seno encierra
Esta mi dulce, mi querida Patria!
Pródiga aquí naturaleza brota
Cuanto ambicioso el corazón demanda.

Más bella que la luz de las auroras
Es de nuestras morenas la mirada,
Que vierte rayos como el sol ardiente,
Que la existencia con su luz encanta.

Más suave que el perfume de la rosa
Que las brisas volantes embalsama,
Es el aliento que sus labios vierten
Que embriaga el corazón y arroba el alma.

Más dulce que el ruido delicioso
Que se oye al lejos de la fuente grata,
Es la voz musical con que enamoran,
Es el acento con que amantes hablan.

Es el donaire de su talle enhiesto
Más voluptuoso que la esbelta palma
Que el viento blandamente balancea,
Leve agitando sus flexibles ramas.

De innúmeros encantos revestidas,
Bellas son las morenas de mi patria:
Bendigo el sacrificio de la ausencia
Si he de ganar la gloria de cantarlas.

Una falta entre todas, y era mía!
Pero.. detente corazón y calla:
Su dulce amor, su lamentable historia,
Guarda en el fondo, enamorado, guarda!

Mas oye, Abigail: lo que hay más dulce
Al regresar á la natal morada,
Es oír una voz que cariñosa
Hijo! balbuce, y lo repite el alma;

Es mirar descender por la mejilla
De una mujer las amorosas lágrimas,
Que fieles en silencio nos revelan
Que la ternura y júbilo las causan;

Es, por fin, encontrar el dulce premio
A nuestros sacrificios y desgracias,
En el estrecho, sin igual abrazo
Que una madre nos brinda enajenada.

Si tú quieres saber cuánto son caros
Los afectos sinceros de la patria,
Abandónala un tiempo, amigo, y luégo
Torna á tu hogar, á tu feliz morada,

Índice de autores

Siguiente

BANCO DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO